

hechas de pétalos de azucena. En un rincón, su cama, á un lado, un cofre donde guardaba su ropa, y en frente, como dominando la habitación, una mesa grande, limpia, en el centro de la cual se erguía un florero, cuyas flores—como el sol—estaban muriendo ya. La fatiga del día doblaba sus corolas. Allí, en esa mesa, mi compañero y yo estudiábamos, para lo cual nos servíamos de unos cuantos libros que un estante lucía, á manera de una dentadura incompleta. Casi todos ellos eran viejos y medio descuadernados. En el forro ó en la primera página ostentaban distintos nombres y fechas. Mi compañero y yo los habíamos comprado en una venta de segunda mano. Eramos maestros. Teníamos cariño por la carrera á la cual servíamos y estudiábamos cuanto nos era posible—leyendo y escribiendo—para sustraernos al medio ambiente en que vivíamos,—egoísta é ignorante—y para saber algo más, porque estábamos convencidos que cada conocimiento que se adquiere, es un pie que se asciende para distinguir desde allí un horizonte más amplio y poseer un radio de acción más extenso.

Aquella tarde lo encontré más alegre que otras. Su natural adusto y agrio, estaba cambiado. Alguna alegría está revoloteando en la floresta de su alma—pensé.—Nos sentamos.

Hoy—me dijo mi amigo—he sido feliz unos momentos.

Y qué—le interrumpí.—De seguro te escribió tu madre. O tu novia...

—No, no aciertas. Pocas satisfacciones se sienten tan hondo y halagan tanto, como cuando nuestras ansias, cuando nuestros anhelos toman forma en otros cerebros y se asientan en otros corazones. Hablaba hoy en clase á mis discípulos de las guerras en Grecia, cuando los persas y Leonidas, y les pintaba los horrores de esas batallas, cuando de pronto, uno que tiene unos ojos hondos en una cara de hambre, uno que se queda pensativo lar-

gos ratos cuando les leo trozos literarios bonitos, se incorporó en su asiento y avivando sus grandes ojos tristes—color de mar—me dijo: «Pero, maestro: el que mata en una guerra á otro hombre, no es tan criminal, y más criminal que el que acecha—temeroso y casi arrepentido—en una enrucijada del camino, á un acaudalado y le mata para quitarle un dinero que necesita para sus hijos, porque el patrón le dejó sin trabajo? No lo es más cuando aquél (el del combate) lo hace fríamente, y éste, impulsado por el hambre y la desesperación? Decídme!»...

Oh! qué momento. Entonces me enorgullecí de ser maestro. Y le dije: tienes razón, hijo mío. Sí, hijo mío, más que uno que lo fuera de mi sangre, porque tú eres hijo mío en ideales y en sentimientos.

Y me siguió diciendo el niño de los ojazos dormidos: «porque aunque un gobierno enfrente un batallón á otro batallón, qué gobierno puede disponer de la vida ajena para malograrla tan infelizmente? Y qué poder tendrán los caciques cuando el pueblo no quiera concedérselo? El gobierno es creado por el pueblo y vivirá por lo tanto hasta que él lo quiera sostener». Así concluyó el discípulo. Es, por todo eso, que me sentí hoy feliz unos momentos.

Sí—le dije—en medio de esta vida infeliz que arrastramos los maestros, contra todo y contra todos, esa es una de las pocas satisfacciones que pueden halagarnos.

La única—me dijo—mal mirados por los gobiernos y por las sociedades, sin más perspectiva que una vejez infeliz, la única satisfacción, el único trofeo en nuestra lucha, es el florecimiento de nuestros ideales en los corazones de nuestros discípulos, nuestra simiente en los cercados ajenos.

Después me dijo: quieres que leamos? Y como yo asentiera, tomó un libro de Zola, *Verdad*, y se puso á leer.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO



En preparación un número homenaje dedicado á F. Ferrer.